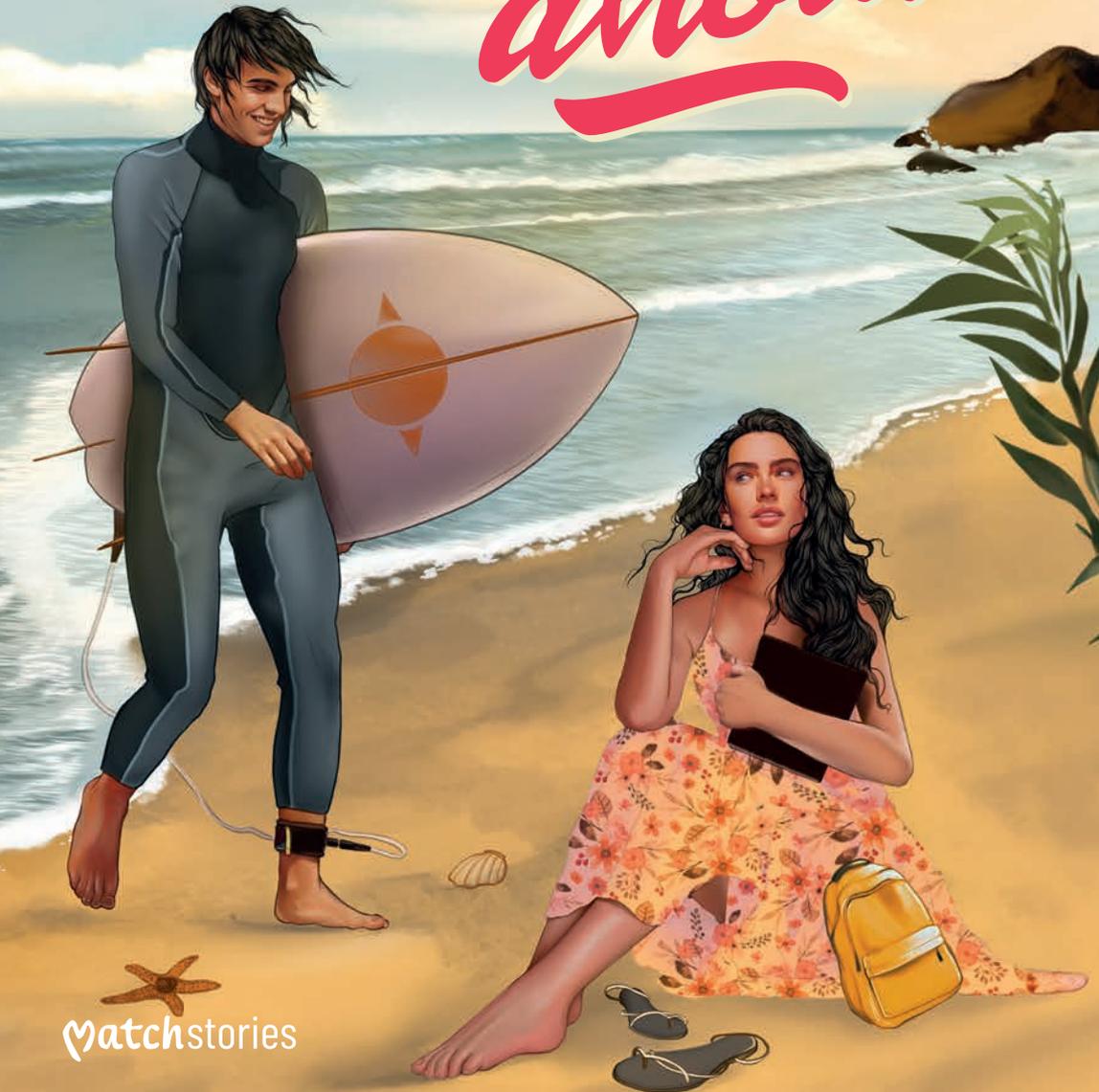


Judith Camacho / @alljuust

Somos un ahora



Somos un ahora

Judith Camacho

 Matchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Judith Camacho, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-08-28961-6

Depósito legal: B. 8.416-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Capítulo 1



Samanta

Si te dan la oportunidad de vivir una nueva aventura, atrévete a hacerlo. Aunque estés cagado de miedo.

¿Se os ocurre algo peor que pasar un verano entero metida en un campamento? A mí no. Con diecisiete años que tengo, mis planes para este verano estaban muy lejos de ese. ¿Acaso he vuelto a primaria y no me he enterado? Un campamento de verano es un planazo cuando tienes siete años, pero ahora... Venga, por favor. Creo que ya he pasado esa etapa. Pero, claro, cómo iba a contradecir a mis señores padres, que no tienen nada mejor que hacer que irse todo julio y agosto de vacaciones. Unas vacaciones a las que claramente no estoy invitada porque son «de pareja». Vamos, un intento de arreglar una relación que está destinada al fracaso. No lo digo yo, lo dicen ellos mismos. De ahí que no esté incluida en el plan. Aunque, a decir verdad, casi que lo prefiero. En cuanto me contaron sus planes automáticamente pensé: «En casa sola durante todo el verano». Mi maravilloso plan se fue a la mierda en apenas unos segundos, ya que habían buscado una alternativa para mí. No pensaban dejarme sola en casa cuando ellos estarían a kilómetros de distancia. Según ellos, era una completa locura. De ahí que terminaran reservando plaza en el último momento para un cam-

pamento de verano, de esos intensivos. Y no tuve más remedio que aceptar. ¿Qué otra opción tenía? Ninguna.

Y aquí me encuentro, un viernes de buena mañana, haciendo la maleta para irme hoy mismo al dichoso campamento. Sí, he esperado hasta el último momento para empezar a prepararlo todo. He insistido y tenido esperanzas hasta hoy. Creía que podría hacerlos cambiar de opinión y quedarme aquí solita la mar de tranquila. Pero no he conseguido salirme con la mía, para variar. No me ha quedado más remedio que claudicar y hacer la maleta. Ni siquiera me he dignado a mirar cómo es el campamento, lo único que sé por lo que me ha contado mi madre es que está muy relacionado con los deportes y el mar. Dos cosas que no me gustan lo más mínimo. Desde luego, se han lucido eligiendo. Según ellos, era el único en el que quedaban plazas para gente de mi edad. No me extraña. Yo ni siquiera sabía de la existencia de campamentos para adolescentes de diecisiete años. Casi soy adulta, por favor. Seguro que si tuviera dieciocho no me habrían cogido. En estos momentos me lamento de haber nacido en septiembre. Meto en la maleta prácticamente todo mi armario de verano, no me olvido los biquinis. Algo me dice que me pasaré todo el día en bañador.

—¿Estás lista, Samanta? Salimos en cinco minutos —pregunta mi madre asomándose a mi habitación.

Asiento levemente con la cabeza a modo de respuesta.

Ella entra y se pone a mi lado para empezar a meter y sacar cosas de la maleta. Pongo los ojos en blanco sin que me vea, esta situación es superior a mí. Me entran ganas de gritarle que puedo hacerme yo solita la maleta, pero lo dejo pasar. No serviría de nada. Solo nos enzarzaríamos en una nueva discusión. Para ella siempre seré una niña pequeña.

—¿De verdad es necesario que me llevéis vosotros hasta allí? —pregunto a sabiendas de la respuesta. Ya he perdido la cuenta de las veces que se lo he preguntado y sigue diciéndome lo mismo.

Cuando tengo una idea en mente hago todo lo posible por llevarla a cabo y salirme con la mía. A pesada, en ese sentido, no me gana na-

die, os lo aseguro. Por mucho que me hayan dicho una cosa, insisto a ver si al final, por incordiar tanto, terminan cambiando la contestación que me habían dado en un principio. Sin embargo, mi madre también es cabezota, de algún lado lo había tenido que aprender. Ya sabéis lo que se dice: de tal palo, tal astilla.

—¿Cómo piensas ir, si no? —No espera una respuesta por mi parte, la única opción que ella baraja es que me lleven—. Además, nos pilla de camino.

Podría llegar perfectamente, he mirado todas las combinaciones posibles de trenes, autobuses e incluso taxi si fuera necesario. Pero ellos se van a asegurar de que cruce la puerta de entrada del campamento. Y como bien dice ella, les pilla de paso, porque han logrado encontrar un campamento en Cantabria, que es donde ellos tienen que coger el avión para irse a las Bahamas; creo que tienen que hacer varias escalas hasta llegar. Tampoco estoy muy segura porque, cuando me lo contaron, no les presté demasiada atención. Si no estoy invitada al viaje, no me interesan lo más mínimo los detalles que tengan que darme.

—Listo, ya podemos irnos —dice mi madre cerrando la maleta y saliendo de mi habitación con ella en la mano.

Aprovecho ese instante en el que estoy sola para coger de uno de los cajones del escritorio mi libreta y mi bolígrafo, ahorrándome así las preguntas que me haría si me viera con eso. Lo meto en mi mochila de confianza, esa que va conmigo a todas partes y no me quito nunca del hombro. Ahí siempre llevo metido lo esencial e imprescindible, vamos, las cosas sin las que no puedo vivir. Y entre ellas claramente está esa libreta. Me gusta escribir. Lo hago de forma terapéutica, digamos que es mi válvula de escape, el único sitio en el que puedo expresarme sin temor a lo que eso supone. Me limito a escribir ahí mis pensamientos, mis inquietudes, aquello que me remueve por dentro. Es tan satisfactorio hacerlo... Por eso no puedo dejarla aquí, y mucho menos con todo el verano por delante. Estoy segura de que voy a necesitarla y una vez más será mi refugio.

Echo un último vistazo a mi habitación, creo que no me dejo nada. Y si lo hago es lo que hay, tocará joderse porque hasta dentro de dos meses no vuelvo por aquí. Con mi mochila al hombro, bajo la escalera y cierro la puerta de casa. Mi padre ya tiene el coche en marcha y todas las maletas están dentro. Solo queda que yo me suba al coche y pongamos rumbo a mi nuevo hogar durante el verano. Me planteo salir corriendo en dirección a casa de una amiga, pero sería inútil, terminarían encontrándome y obligándome a asistir a ese campamento. A regañadientes, me subo en el asiento de atrás y, automáticamente, mi madre y mi padre esbozan una sonrisa de satisfacción. Lo suyo les ha costado que esté aquí metida. Empiezan a hablar de todo lo que van a hacer en sus vacaciones, señal para que me ponga mis auriculares y me sumerja en mi música. Tenemos un largo camino hasta que lleguemos a Cantabria, en concreto a Ajo, que es donde está el campamento de verano. Ellos me dejarán allí y se irán directos al aeropuerto para coger el vuelo a sus idílicas vacaciones en pareja.

—Según Google Maps, dentro de siete minutos llegamos —oigo que dice la voz de mi padre por encima de la música.

—¿Tan rápido? —pregunto asombrada; se me ha hecho muy corto, la verdad.

—Hija, llevas durmiendo prácticamente desde que hemos salido.

Ahora que lo dice... Justo entonces, un bostezo involuntario se me escapa. Va a ser que me he dormido. Lo que dice mi madre no me extraña: cuando me subo a un coche durante un viaje largo, sin darme cuenta acabo frita en la parte de atrás. Es una de mis muchas cualidades, no todo el mundo tiene la habilidad de dormirse en un coche, con gente hablando y música de fondo. Por suerte, yo sí. De ahí que el viaje se me haya hecho tan corto, ahora me cuadra.

—¿Y sigo soñando o de verdad estamos a punto de llegar al dichoso campamento?

Podría ser que todo esto haya sido un sueño y la realidad sea que no tengo que ir a ningún lado, que pasaré los meses de verano en mi

casa, tomando el sol en la piscina, yendo de fiesta con mis amigos del pueblo... No deseo nada más en estos momentos que eso.

—Ya estás más que despierta —dicen devolviéndome a la realidad. Ya me estaba imaginando bailando borracha con mi mejor amiga—. Y ya verás como terminarás pasándotelo genial.

—Sí, seguro... —replico no muy convencida y no muy alto. Creo que a mi madre le pasa desapercibido mi comentario, pues no añade nada más.

Al poco rato, ante nosotros aparece en medio de la nada una casa enorme. Me recuerda a una de esas casas de colonias de cuando iba al cole. Seguro que es aquí. Consigo ver un cartel en el que se puede leer CAMPNATURA. Alrededor hay unos cuantos coches aparcados de los que sale gente cargada con maletas. Se está formando una especie de piña en el exterior de la casa, justo en la entrada. Mi padre consigue aparcar, ambos hacen ademán de bajar, pero se lo impido.

—Será mejor que vaya yo solita hasta la entrada.

Suficiente he tenido con que me acompañaran hasta aquí. Lo que me faltaba es entrar de la mano de mis padres. Eso sí que no. Me niego rotundamente a que eso pase.

—Pero queremos asegurarnos de que... —empieza a decir mi madre.

Antes de que continúe hablando, la corto.

—Es lo que hace todo el mundo. ¿O acaso veis algún padre ahí? —Señalo donde están reunidos todos mis futuros compañeros. Qué raro suena eso. Solo se ve gente joven, nada de padres. Como mucho se esperan en el coche a ver cómo entran—. Ya estoy aquí, y os aseguro que, por más que estoy tentada de irme, no puedo. No me queda otra opción que entrar.

Hay que ser realistas. Llegados a este punto, no tengo cómo volver a casa, no me voy a ir en cuanto se den la vuelta. No por falta de ganas, sino por lógica. Mi única opción es entrar ahí dentro y esperar que este verano pase rápido.

—Vaaaale —accede a duras penas mi madre—. A partir de aquí irás tú sola, ya eres mayorcita.

—Gracias.

Me sorprende que haya accedido tan rápido, creía que me iba a costar mucho más convencerla de que no tiene que acompañarme a todos lados. He tenido suerte esta vez.

—Llámanos si necesitas cualquier cosa. No sé cómo estará la cobertura en Bahamas, pero vamos hablando —dice mi padre.

—Lo haré. Pasadlo bien —me esfuerzo en añadir.

Pasadlo bien en el puto paraíso los dos solitos cuando vuestra hija está en un campamento de verano sola, sin conocer a nadie. Padres del año, oigo por aquí.

—Tú también —agregan ambos.

Me dan un beso antes de que me baje del coche. Saco mi maleta del maletero y, con ella en la mano y mi mochila al hombro, veo como el coche de mis padres se aleja por donde hemos venido hace un instante. Ni siquiera han esperado a que entrase, bien. Ya me imaginaba teniendo que despedirme a distancia y obligándolos a irse. Eso que me ahorro. Empiezo a avanzar en dirección a la gente. No las tengo todas conmigo. Esta nueva etapa, o aventura, como queráis llamarlo, empieza aquí y ahora. Veamos lo que me depara este campamento de verano. Lo admito, estoy cagada de miedo.

Capítulo 2



Dylan

Haz lo que verdaderamente te haga feliz. Ríe, cree, sueña, crece. Por y para ti.

Como de costumbre desde que tengo uso de razón, voy a pasar el verano en un campamento de verano, ese que me ha visto crecer y me ha acompañado durante tantos años. Para mí, Campnatura es mi hogar. Hemos creado una pequeña familia con el tiempo, solemos ir las mismas personas todos los años, por lo que la mayoría ya nos conocemos. Siempre se incorpora alguien nuevo, pero lo suelen hacer en los grupos de los más pequeños. Dudo que en nuestro grupo se incorpore alguien, hace tiempo que eso no pasa. Eso sí, a lo largo de los años nuestro grupo de siempre se ha ido modificando. Amigos míos, compañeros de grupo y conocidos, poco a poco, conforme pasaban los años y se iban haciendo «mayores», dejaron de venir. Porque ir a un campamento de verano, según muchos, es cosa de críos. Pero, para mí, esto es mucho más que eso. Venir aquí es sinónimo de libertad. También fueron entrando otros tantos, y lo hicieron para quedarse.

Este verano seremos el grupo de los mayores, y eso significa que será nuestro último año aquí como campistas. Solamente cogen a cha-

vales de hasta diecisiete, y todos los de mi grupo ya los tenemos. Podemos entrar por los pelos, porque miran el año de nacimiento y justo estamos en esa franja de diecisiete a punto de cumplir dieciocho. En el límite de lo que aceptan. El año que viene ya no podremos asistir, y solo de imaginarlo me vengo un poco abajo. No obstante, no quiero pensar en eso. Tengo que vivir el momento y disfrutar al máximo de todo lo que vamos a hacer este verano.

Desde hace muchos años, esto es lo que más feliz me hace. Espero paciente a que llegue el 1 de julio para venir a Campnatura y poder disfrutar de una de mis pasiones, el surf. Por fin ha llegado el gran día. Ahora empieza mi verano, ahora empieza lo bueno, lo que verdaderamente me gusta. Voy a disfrutar de una de mis pasiones rodeado de mis colegas.

Por el grupo de WhatsApp del campamento, todos me han informado de que están llegando. A mí también me falta poco ya. Hemos quedado donde siempre, justo delante de la puerta de entrada a la casa. Es donde se reúnen todos los grupos el primer día, pero ahí mismo nos dividimos por edades para hacer las distribuciones de habitaciones y demás. Nada nuevo para mí, la rutina de todos los años.

Cuando llego, ya hay bastante gente apelotonada frente a la puerta. Me sorprende su puntualidad. La hora de entrada es a las once y todavía quedan diez minutos para que sea la hora. Aparco la moto y voy directamente hacia allí, para ver si alguno de mis amigos ya ha llegado. Este año, según mis cálculos, seremos siete en el grupo. Una de las chicas que siempre solía venir ha encontrado trabajo y tiene que renunciar a esto. Un buen grupo, ni muchos ni pocos, siete es un buen número. Siempre me ha gustado.

Aunque todo lo que veo son caras conocidas, ninguna de ellas es la de mis amigos. Me quedo un poco apartado del mogollón de gente para poder divisarlos y que ellos me vean a mí cuando lleguen.

Estoy a punto de saludar a Gareth, lo acabo de ver bajar del coche de sus padres, cuando una chica pasa por delante de mí arrollándome con su maleta. Las ruedas han pasado por encima de mis pies y ella

parece no inmutarse. Sigue su camino como si nada. Sin pensarlo dos veces, alargo el brazo para cogerle el suyo, obligándola a que pare en seco. Eso mismo hace, y en cuanto nota mi mano en su codo se detiene. Se vuelve como en cámara lenta y unos preciosos ojos azules se clavan en mí.

—¿Qué quieres? ¿Quién eres? Y lo más importante, ¿por qué me estás tocando? —suelta zafándose de mi agarre.

Me quedo mirándola, nunca la había visto por aquí. Debe de tener más o menos mi edad, y desde luego tiene que ser nueva. Estoy seguro de ello porque, si no, me acordaría de haberla visto en años anteriores. Es una morenaza para no olvidar. Sus ojos siguen clavados en los míos. Aprovecho este breve instante para darle un repaso de arriba abajo, que es justo lo que me está haciendo ella en estos momentos. Puedo notar sus ojos recorriéndome el cuerpo. No está nada mal, esta morena físicamente me atrae. Parece que espera una respuesta por mi parte, por lo que decido que va siendo hora de dársela.

—Vaya, vaya, por lo visto tenemos una nueva integrante en el campamento —digo haciendo caso omiso de sus preguntas.

—¿Perdona?

—Nunca te había visto por aquí.

—¿Y es esa razón suficiente para pararme en seco? —Arquea una ceja al preguntármelo.

—La verdad es que te he parado porque me has pasado por encima con tu maleta.

—Vaya, que lástima. No haberte puesto en mi camino —dice como si no le importara lo más mínimo que eso haya ocurrido.

—De hecho, has sido tú la que...

—No tengo tiempo para esta conversación ahora —me corta en mitad de la frase. La chica da media vuelta dispuesta a irse y antes de empezar a caminar gira la cabeza para añadir—: Nos vemos. Aunque, la verdad, espero que no.

—Te aseguro que nos volveremos a ver —digo más para mí que

para ella. Porque cuando me quiero dar cuenta ya la he perdido entre la gente.

Gareth viene a mi encuentro. Nos conocimos hace muchísimos años en este campamento y desde entonces tenemos una gran amistad. Vivimos en ciudades diferentes, pero todos los veranos coincidimos aquí. Poco a poco van llegando los demás del grupo. Nos hemos situado a un lado de la entrada en modo corrillo. Como los monitores empezarán a llamar a los grupos de más pequeños a más mayores, hemos decidido no molestar echándonos a un lado. Cada vez va quedando menos gente y no puedo evitar buscar a la morena con la mirada. Sigue fuera, todavía no ha entrado con ningún grupo de los que han llamado. Está en el lado opuesto al nuestro y, a diferencia de nosotros, está completamente sola. No me extraña, es nueva y no conoce a nadie. Y no sé yo si tiene grandes habilidades sociales visto lo visto...

Cuando me quiero dar cuenta, Xavi, nuestro monitor desde hace tiempo, pues ha ido subiendo de grupo conforme nosotros nos hacíamos mayores, sale a nuestro encuentro. Para entonces solo quedamos nosotros siete y, para mi sorpresa, la chica misteriosa. Esto pinta bien, muy bien.

—Hola, chicos —nos saluda él acercándose—. Ey. —Alza un poco la voz en dirección a la morena, y tiene que hacerlo un par de veces más hasta que se da por aludida—. Si no te importa, ponte aquí con los demás. Este será tu grupo este verano.

—Estupendo —dice en cuanto sus ojos se encuentran con los míos. Hasta yo puedo percibir la sonrisa falsa que le dedica.

Se acerca a nosotros arrastrando su enorme maleta, debe de haberse traído toda su casa ahí dentro. Mientras tanto, yo he venido con una simple mochila. Total, en verano vivo en bañador, tampoco me hace falta mucho más.

—Estoy encantado de volver a veros —empieza a decir Xavi—, y encantado de conocerte a ti. Ha sido una sorpresa para todos tener una nueva incorporación para este último año.

—Créeme, para mí también lo ha sido —asegura ella ganándose alguna risa de mis amigos. Ella les devuelve la sonrisa encantada.

—No esperaba tener que hacer algo así a estas alturas. Ellos —añade señalándonos a todos nosotros— se conocen perfectamente después de tantos años. Pero tú, al ser nueva, no conoces a nadie. Así como monitor me veo en la obligación de romper el hielo en el grupo. Por tanto, haremos unas dinámicas de presentación.

Se oye un abucheo general. Dejémoslo en que las dinámicas de presentación no tienen mucho apoyo entre los adolescentes de diecisiete años. Pero de esta manera voy a poder conocer un poco más a esta chica, con la que ahora que lo pienso ni siquiera nos hemos presentado. Ni su nombre sé.

—¿Qué? ¿En serio?

—Menudo rollo...

Mis amigos empiezan a quejarse uno a uno.

—Me parece una idea estupenda —suelto yo para sorpresa de todos, que me observan como si no pudieran creerse que haya dicho algo así. La morenaza me echa una mirada que asusta, a lo que añado—: Tenemos que integrar a la nueva. —Le guiño el ojo al decirlo.

—En eso te doy la razón —me apoya Mia, una de las chicas del grupo.

—Si no hay más remedio... —dice la susodicha por la que nos vemos obligados a hacer los juegos de presentación.

—Si os parece, primero dejáis todas las cosas en las habitaciones y nos vemos fuera dentro de quince minutos. Casualmente sois ocho personas, cuatro chicos y cuatro chicas, por lo que el reparto está muy claro. Chicos en una habitación, chicas en otra. A no ser que... —mira la lista antes de seguir hablando— Samanta quiera una habitación para ella sola.

Samanta. Una cosa menos por resolver, ya sé el nombre de la morena. Me gusta, nunca había tenido el placer de conocer a una chica que se llamara así. ¿Le gustará que la llamen Sam? ¿Sammy? ¿O solo Samanta? No tardaré mucho en adivinarlo.

—Me parece bien compartir habitación con ellas —dice tras pensar brevemente la respuesta.

—No sabes dónde te metes —le advierte Gareth.

No le falta razón. Esas tres son peligrosas, igual están queriéndose a más no poder como tirándose los trastos por la cabeza. Se podría decir que son un trío que se enfada con facilidad, hay que saber cómo tratarlas. Por suerte, cuando estamos todos juntos siempre hay muy buen rollo y se dejan de tonterías.

—Entonces, no hay más que hablar. No llegéis tarde, ya sabéis lo que pasa cuando alguien se retrasa.

A continuación Xavi se mete en el interior de la casa y desaparece entre los pasillos. Nos ha dado una llave a cada uno de nosotros. Nos separamos de las chicas en cuanto ponemos un pie dentro, ellas toman una dirección y nosotros la opuesta. Las habitaciones están distribuidas en zona chicos y zona chicas, cada una de ellas está en una punta de la casa. Pero eso no nos impide colarnos por la noche en su cuarto o viceversa. Nos las sabemos todas. Después de tantos años, ¿qué esperabais?